

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 centimos

Redacción y administración: Calle Cabena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre	1'00
Extranjero	1'50

Otra decepción

Si los trabajadores en general tuviéramos una noción clara y concreta de lo que somos, de lo que valemos y de lo que nuestra actuación podría, pesar en todos los órdenes de la vida, no nos veríamos continuamente burlados y hasta vilipendiados, por cuantos se enriquecen a costa de nuestro sudor y escalan los puestos más lucrativos a costa de nuestra candidez.

Aun estando acostumbrados a todo esto, la burla de que los trabajadores hemos sido objeto con el último decreto de amnistía rebasa los límites de cuanto podía esperarse de un Gobierno representante de la clase burguesa y de unas Cortes cuyos componentes más parecen agentes de negocios que representantes de intereses generales. Se anunció una amnistía para los presos y procesados por delitos políticos y sociales e inspirado el Gobierno en un espíritu mezquino, sólo la ha concedido a los delitos cometidos por medio de la prensa o por *excess* en la palabra, sin que alcance a uno solo de los verdaderamente sociales, que al más leguleyo se le alcanza que este calificativo sólo debe aplicarse a los cometidos en ocasión de las luchas suscitadas entre el capital y el trabajo.

A pesar de lo raquítico del proyecto presentado teníamos la esperanza de que los diputados llamados liberales o en caso contrario los republicanos, mejorarían el proyecto por medio de enmiendas que hubieran sido aceptadas, puesto que *en bien de la patria* viven amigablemente el gobierno y las oposiciones y casi comen en los mismos manteles radicales (?) y conservadores.

Pero para que la burla fuese más cruel, como *inri* puesto en la frente de los trabajadores que creen que en el Congreso tienen representantes que defienden sus aspiraciones, véase lo ocurrido con una enmienda presentada por el señor Barriobero, según el siguiente recorte que copiamos de *El Día Gráfico*:

IMPRESION.—Al presentar el señor Barriobero en la sesión del Congreso de hoy una enmienda al proyecto de amnistía, pidiendo que se extendiese ésta también a los obreros condenados por delitos de huelgas, casi todos los republicanos retiraron del salón para no votarla, pues consideraban que como el Gobierno había aceptado con tanto calor la concesión de la amnistía, lo del señor Barriobero era perder el tiempo en inútiles discusiones.

El señor Barriobero consideró esto como una ofensa personal y habló incluso de dimitir el acta de diputado.

Luego comentaban vivamente el hecho en el salón de conferencias los ministros, dando al hecho importancia extraordinaria.

Los republicanos han tenido esta vez un gesto de cortesía para el Gobierno, agradeciendo su alto espíritu democrático al haber hecho la amnistía cuestión de gabinete.

«Esta fué la impresión parlamentaria más relevante de hoy.

«Claro es que el *Socialista* se queja esta noche de que los republicanos hayan vuelto las espaldas a la enmienda del señor Barriobero, no acordándose de los obreros, pero la mayor parte de la prensa elogia la actitud de los republicanos, que supieron hacer justicia a la labor liberal del Gobierno.»

Los demás diputados republicanos también presentaron algunas enmiendas, pero éstas fueron para casos particulares; y defendidas con tan poco calor que mejor fuera que no lo hubiesen hecho.

La Vos del Obrero, de Coruña, dice que es preciso reanudar la campaña y sostenerla con energía hasta conseguir que sea un hecho la libertad de los presos por cuestiones sociales.

Conformes con el querido colega; pero es preciso que en los Comités que se formen, las sociedades obreras hagan porque los delegados sean compañeros de reconocida actividad y no se repita el caso del Comité Pro amnistía de Barcelona, que en los momentos en que su actuación era más necesaria, cuando era preciso un movimiento de opinión para que la amnistía tuviera carácter más amplio, los delegados obreros, en su casi totalidad, dejaron de cumplir su misión abandonando a sus compañeros presos por cuestiones sociales.

Y queremos que conste así, para que las sociedades obreras no olviden el proceder de sus representantes en el Comité Pro amnistía.

Pero este abandono no exime de culpa a aquellos que en épocas de elección se proclaman defensores del obrero, olvidándole, mejor dicho despreciándole, cuando se presenta la ocasión, no de prestarle favores, sino de pedir justicia. Y no olvidemos que en las presentes circunstancias, dado las concommitancias que existen entre republicanos y monárquicos les hubiera sido fácil obtener que la amnistía alcanzara al gran número de compañeros que por defender nuestra causa, la de los trabajadores, se hallan encerrados en cárceles y presidios.

Reanúdese otra vez la campaña, como indica *La Vos del Obrero*, y hágase con decisión y energía, con lo que cumpliremos la misión más alta de las muchas que al proletariado incumben.

Los presos por delitos cometidos con ocasión de huelgas no son menos dignos de obtener la libertad que los que delinquieron por medio de la pluma o de la palabra, y puesto que por los gobiernos son casi considerados como de otra casta, hemos de ser los obreros los que luchemos constantemente porque se repare la injusticia que con ellos se comete.

La burla de que hemos sido objeto en esta ocasión debe de aleccionarnos.

El pacifismo después de la guerra

Nuestros bellos sueños pacifistas rodaron por tierra como el castillo levantado con naipes se viene abajo al más leve soplo. Cesaron las plácidas horas de la paz, sonó la fatal de las bélicas acciones. Arde en guerra la Europa; millones de hombres se destrozan por que fieras; a su paso siembran el odio, la ruina y la muerte, y el dolor y la miseria se extienden, no sólo por los países beligerantes, sino por el mundo entero.

Esta espantosa lucha de colosos, cuya amenaza tanto dió que hablar y que escribir durante más de una veintena de años y que muchos dudábamos llegase a efecto y no pocos reputamos imposible, es, ha meses, una realidad horrible. De nada sirvieron las propagandas pacifistas, los congresos internacionales contra la guerra, las organizaciones obreras, las amenazas del socialismo y el anarquismo. Todo se desvaneció como el humo. Llegada la ocasión, el proletariado fué impotente para evitar la catástrofe. Quedó demostrado que la organización del proletariado internacional no era todavía bastante fuerte para luchar contra los Estados burgueses. Y, consecuencia lógica de la paz armada, efecto natural del sistema capitalista, al no poder evitarla los obreros, la guerra estalló con más furia que nunca.

Entendimientos superficiales, gentes

Pobres de espíritu, que se ahogan en un vaso de agua, ante el tremendo conflicto han perdido el poco seso que tenían y han proclamado que esta guerra es el fracaso del pacifismo, del socialismo y hasta de la civilización. Se ha llegado a decir que el socialismo había muerto para siempre, que las campañas pacifistas no serán posibles en lo sucesivo y que el progreso es una ficción. Se ha sacado a relucir la falsa teoría de los círculos del filósofo Vico, que yacían en justo olvido. No falta quienes se figuran que vamos a volver a la barbarie ancestral.

No hay para tanto. Nosotros no creemos que esta guerra signifique el fracaso de la civilización, ni del pacifismo, ni del socialismo. No vemos el por qué. La obra de la civilización—de la verdadera civilización—seguirá su curso a pesar de la guerra. Las teorías emancipadoras no sufrirán detrimento por eso. ¿Que no se ha podido evitar la conflagración? Ello no implica la quiebra de los ideales de paz y justicia.

Hay únicamente crisis, crisis de todos los ideales, de todos los partidos, de todas las instituciones. Pero la crisis lo mismo puede resolverse favorable que desfavorablemente. Y nosotros abrigamos, no la esperanza, sino la convicción, de que, una vez terminada la guerra, la causa del progreso ha de adelantarse mucho. Nuestra fe en el porvenir es inquebrantable. Nada ni nadie nos hará desconfiar del triunfo definitivo de las ideas de paz y justicia social.

Y nuestro optimismo tiene por base algo más sólido que el buen deseo. El medio de este terrible acontecimiento guerrero, que no tiene par en la historia y cuya trascendencia ha de ser inmensa tanto en el orden material como en el moral e intelectual, vemos resplandecer más porente que nunca el ideal libertador. Esta guerra ha venido a remover las conciencias. Si ha resucitado los instintos perversos del hombre, ha despertado también su inteligencia y hecho renacer sus sentimientos más nobles. Jamás ha sido la guerra tan universalmente condenada como ahora. Al mismo tiempo que se ponen de manifiesto los ardores bélicos de los pueblos en lucha y los entusiasmos de sus partidarios, surge la justa protesta contra tal abominación. Se odia la guerra más que nunca. ¿Quién no deseará hoy ardientemente la paz? Todo el mundo clama por ella. Y todo el mundo se consuela de tantos horrores pensando que tal vez ésta será la última guerra. ¿Cómo, pues, no forjarse bellas ilusiones? ¿Cómo no esperar la inmediata derrota del imperialismo y el militarismo que a tal desastre ha llevado a los pueblos? Vista la realidad, tenemos derecho a confiar en el porvenir.

Cuando termine la guerra y se sepa el número espantoso de víctimas y las enormes pérdidas ocasionadas, un grito de horror saldrá de todos los pechos y nadie querrá volver a oír hablar de guerras. Una gran reacción se está operando ya en el pueblo contra las ideas imperialistas y militaristas. Ya se ha visto el resultado de la locura de los armamentos y que la paz armada no podía conducir sino a esta terrible conflagración, como habíamos sostenido siempre los verdaderos pacifistas, los verdaderos partidarios de la paz sin armamentos.

Es de suponer que todos sabrán aprovechar la gran lección de esta guerra; que después de ella el ambiente será propicio a la difusión de las ideas pacifistas y libertarias; que el proletariado se reorganizará rápidamente y mejor que antes, y que se luchará con más entusiasmo que nunca contra autoridades y capitalistas, que son los verdaderos enemigos del obrero y los causantes de todas las guerras.

Los trabajadores son los llamados a establecer la paz en la tierra. Esta será la última guerra si el proletariado se organiza y actúa con más eficacia que hasta la fecha. No de otro modo.

JOSÉ CHUECA

PARÍS Y LA GUERRA

El mapa y el pueblo

Como no está muy lejos la terminación de la guerra, a despecho de los sibilísticos que voccean que durará catorce años o, cuando menos, que se acabará el 27 de julio próximo, a las cuatro y veintiocho de la tarde, conviene documentarse desde ahora sobre las gollerías que van a pedir las naciones beligerantes.

Una de las múltiples revistas francesas que han surgido de la guerra, y que a ella consagran todas sus páginas, consigna lo que Alemania hubiese pedido en caso de recabar la victoria (*el sueño*, lo titula la revista), y lo que las naciones beligerantes pedirán cuando venzan (*la realidad*, advierte la citada publicación).

Alemania, vencedora, se hubiese anexionado: el Franco Condado, Borgoña, Lorena, Flandes, el Paso de Calais, Picardía, Normandía. asegurando, en consecuencia, a su Marina la posesión de Dunkerque y Cherburgo, frente a Inglaterra; a su ejército, la soberanía de París; a su comercio, el embargo de Francia. Item más: Bélgica, Holanda y varias provincias rusas. Austria, como aliada de Alemania, hubiera recibido la mayor parte de la Polonia rusa, la totalidad de Serbia, Montenegro, Albania, Veneto y Túnez.

Colonias: Alemania se hubiese apropiado Argelia (con Córcega Cerdeña, y Chipre, para asegurar la soberanía del Mediterráneo), el Africa Occidental francesa, los Congos francés y belga, la Angora portuguesa, las colonias inglesas de la Costa de Oro y de Nigeria; y Madagascar.

Veamos ahora lo que perderá Alemania con el desplumado. Francia se apropiará, a más de Alsacia Lorena, Westfalia, entre el Rhin y el Mosela, con Coblenza Bélgica; la región de Asquirán, hasta el Rhin. Holanda; el territorio necesario para que el Rhin forme, en todo su curso, el límite natural en los Estados alemanes. Prusia quedará reducida a Brandeburgo, en tanto que Sajonia se agrandarará,

y Baviera se aumentará con Wurtemberg y Baden. Westfalia Oriental, como Bohemia, formará un nuevo Estado. Dinamarca recibirá el Schleswig y el Holstein. Inglaterra se apropiará Hannover, Mecklenburgo y toda la región comprendida entre el mar del Norte y el Báltico, con los puertos de Bremen, Hamburgo y Kiel. Rusia aumentará su territorio, a espensas de Austria y Alemania, hasta la proximidad de Berlín. Hungría constituirá un reino distinto de Austria; la cual se convertirá en pequeña potencia secundaria. Italia recibirá Trieste, Trentino, Tirol y una parte de Albania, con el puerto de Valona. Para Rumanía, Transilvania. Para Serbia y Montenegro, Bosnia, Herzegovina, Croacia, Slavonia y parte de Albania. Para Grecia, el Epiro albanés.

Colonias: Francia heredará (*héritera*, dice el texto) Togo y Camarones, mientras Inglaterra recibirá el Sudoeste africano, el Africa Oriental alemana y las colonias de Oceanía.

¡Madanza de naciones! ¡Trastueque de potencias! Y a los pueblos que se niegan a entrar en la combinación adviértelos caritativamente la Prensa parisienne que "no tendrán su parte de pastel".

—¡Eh, eh, al pastel!

Se tira—y con cañones de los que cada disparo cuesta 30 000 francos—a reformar el mapa mundial. ¿Y qué? Después de derramarse tanta sangre y de amontonarse tanta ruina, ¿será más feliz la Humanidad porque Alemania se apropie media Francia, o porque Francia herede una cuarta parte de Alemania, o porque Inglaterra arramble con las colonias alemanas de Oceanía, o porque Rusia llegue territorialmente a las cercanías de Berlín? Los millones de obreros que actualmen-

te no tienen pan, ni abrigo, ni lumbre a causa de la guerra, ¿tendrán, después que haya pasado, el bienestar a que tienen derecho? De los hornos de las fábricas que se dedican a quemar diariamente miles y miles de cadáveres, ¿saldrá la salud del pueblo? ¿O todo lo que habrá conseguido será mudar de amo y que lo tiránicos y exploten los mismos perros políticos con diferentes collares?

El pueblo no espera, no, su redención, ni siquiera su mejoramiento, a consecuencia de esta guerra monstruosa. «En vez de tratar de hacer conquistas—decía Bismarck, con referencia a los italianos—, mas les valiera buscar con qué nutrirse». El pueblo, en general, hambriento y abrumado por contribuciones, piensa que no tiene que esperar su bienestar de victorias ganadas, para encumbramiento del militarismo y satisfacción de la vanidad nacional, con su propia sangre y su propia ruina. Jena y Waterloo, para el proletariado, valen menos que un techo y un cocido.

Lo único que el pueblo espera de esta guerra es que, desenmascarando a tantos republicanos vividores y a tantos internacionalistas farsantes, que han vivido, los unos y los otros, engañando con buenas palabras y oponiéndose a sus reivindicaciones, hasta llegar a la catástrofe europea—a cuyo fin vendieron la conciencia y perdieron la vergüenza—, pueda realizar la revolución social, sin sangre o con ella, que por mucha que fuese resultaría un riachuelo al lado del mar que están haciendo derramar, por una mala causa, los bandidos de Europa, con o sin corona.

LUIS BONAFoux

Al margen de la hecatombe

El anarquismo y la guerra

El anarquismo es un conjunto doblemente heterogéneo: su filosofía y sus hombres.

Por tal motivo muchas gentes se han extraviado en sus diversas manifestaciones y otras, principalmente aquellas que tenían algún valor intelectual, amantes de la disciplina mental y doctrinaria, lo han calificado de ensueños infantiles, y si algunos anarquistas han procurado dar fundamentos científicos al anarquismo, se ha dicho que eran utopías científicas.

También muchos compañeros quisieran que tuviera la homogeneidad necesaria para que su filosofía fuese un cuerpo organizado, y no ha faltado quien ha pretendido organizar, ordenar, disciplinar, ese es el adjetivo preciso, sus variadas modalidades.

Errores de unos y torpezas de otros. Precisamente su mayor virtualidad filosófica reside en su principio anti-autoritario y antidogmático.

La filosofía no puede ser una ciencia exacta; ordenada, organizada, disciplinada, como ha sido la filosofía cristiana, es en todo caso un dogma.

El socialismo, por ejemplo, es un dogma; su doctrina obedece a leyes científicas y sociales sancionadas en congresos y conferencias y por el pensamiento uniforme de todas sus mentalidades, que le han dado cuerpo orgánico, disciplina, ley doctrinaria, ortodoxia. En él no cabe el antagonismo superficialmente doctrinario de Anselmo Lorenzo y Ricardo Mella, Marx o Berstein; la dualidad no es admitida, como no es admitida en la iglesia católica la dualidad cristiano-judáica, y esto es declarado subversivo a su ley doctrinaria: el marxismo.

Nosotros podemos estar satisfechos de que el anarquismo no haya sido convertido en iglesia, en dogma, en coto o ley; la homogeneidad disciplinada nos hubiese matado.

Se conserva íntegro en su esencia, incorrupto, contrariamente de todas las ideas, que se han empobrecido por haber caído en el vicio, origen de la degeneración idealista: el dogmatismo.

Quizá sea esa la causa de que hasta ahora la Anarquía no haya conseguido ser un ideal de la masa del pueblo; pero no somos nosotros responsables de que nuestra idea sea aún inaccesible a la mentalidad de la masa pronta a aceptar toda idea nueva, toda innovación que aparentemente encarne sus

aspiraciones milenarias con tal de que se la presenten hecha, en programa, en dogma; no es nuestra la culpa tampoco si a la masa popular le gustan las situaciones cómicas, "ideas concretas", le llaman sus partidarios, de pensamiento y acción.

Pero usa heterogeneidad antes dicha no es necesariamente sinónimo de desorden, antes por el contrario, se puede observar cierto orden, muy lejos de ser disciplina, resultante de la convergencia en un punto determinado de opiniones que, partiendo de puntos ligeramente opuestos, llegan a encontrarse en una idéntica afirmación, la idea madre de la Anarquía: la libertad y el bienestar del individuo.

Es el orden que ha encontrado Pablo Eltbacher al hacer su estudio científico del anarquismo, extractando y analizando por la analogía las opiniones de los pensadores más profundos del anarquismo.

Iz Gówdzio, Proudhon, Max B. Stirner, Federico Nietzsche, Tucker, Mackay, Bakounine, Kropotkin, Tolstoy, Reclus, Grave, Malatesta, Lorenzo, Mella, etc., forman un conjunto incoherente en apariencia, heterogéneo en sus personalidades y en sus ideas; pero ello no es obstáculo para que, entre tal diversidad de caracteres, modos literarios, puntos de vista y opiniones especiales, esas ideas se condensen en una idea total que recibe legítimamente el nombre de Anarquía.

II

He creído necesario hacer esta previa digresión para mejor poder explicar el tema anunciado en el subtítulo.

Hay que constatar que a medio siglo de propaganda y perfeccionamiento doctrinario del anarquismo, éste no ha dejado de ser una más que una aspiración de pequeños núcleos sociales que por su intransigencia y abstencionismo viven al margen de la sociedad, aunque obren de una manera efectiva por el total desmembramiento de su régimen. La gran masa ignora qué es la Anarquía; y los intelectuales, natural consecuencia de su mediocridad y cobardía, no saben dar una explicación racional de su filosofía; dicen que es el caos.

A lo sumo sábase superficialmente que somos enemigos de la patria, del ejército, de la autoridad, etc., pero las razones en que fundamentamos nuestra adversidad hacia las instituciones sociales son desconocidas.